



JOHN STEINBECK

Tortilla Flat

En las colinas de Monterrey, en medio de los bosques de pinos, se asientan las cabañas de madera de *Tortilla Flat*. Allí viven los «paisanos», mezcla de indios, hispanos y diversas razas caucásicas, un grupo de hombres y mujeres ajenos a los vaivenes mercantilistas y a las normas de la sociedad más respetable. Danny y sus amigos, pícaros modernos capaces de todas las trapacerías, pero dispuestos siempre a ayudar a los demás, pasan su existencia entre borracheras, peleas y vagabundeos hasta que la inesperada herencia de una casa viene a poner un poco de orden en su salvaje libertad de paisanos. La casa de Danny habrá de convertirse en depositaria de un talismán que no es otro que la camaradería y, con ella, un ideal de caballeresca generosidad.

Divertida y tierna, llena de situaciones cómicas e impregnada de un hondo lirismo, esta novela, publicada en 1935, fue el primer gran éxito literario de John Steinbeck. Al igual que otros relatos de este autor, fue llevado al cine en 1942, bajo la dirección de Victor Fleming.

A Susan Gregory,
de Monterrey.

Prefacio

Esta es la historia de Danny, de sus amigos y de su casa. Es la historia de cómo las tres cosas llegaron a convertirse en una sola, de modo que si en Tortilla Flat uno habla de la casa de Danny no se refiere a una construcción de madera con una capa de vieja cal desconchada, cubierta por un antiguo rosal de Castilla sin podar. No, cuando hablamos de la casa de Danny se supone que nos referimos a una unidad cuyas partes componentes son hombres que despiden dulzura y júbilo, filantropía y, en último término, una tristeza mística. La casa no se diferencia de la Mesa Redonda, y los amigos de Danny son similares a sus caballeros. Y esta es la historia de cómo el grupo nació, floreció y creció hasta ser una organización sabia y hermosa. La historia trata de las aventuras de los amigos de Danny, del bien que hicieron, de sus pensamientos y sus esfuerzos. Al final, la historia cuenta cómo el talismán se perdió y el grupo se deshizo.

En Monterrey, vieja ciudad de la costa de California, estas cosas, que son bien conocidas, se repiten y en ocasiones se detallan. Conviene que este ciclo se ponga por escrito para que los estudiosos, al oír las leyendas, no digan en tiempos futuros lo que dicen de Arturo, Rolando o Robin Hood: «No existió Danny, ni su grupo de amigos ni la casa común. Danny es un dios de la naturaleza y sus amigos son símbolos primitivos del viento, el cielo, el sol». Esta historia pretende evitar ahora y siempre que los labios de amargados eruditos dibujen una sonrisa burlona.

Monterrey se asienta en la ladera de una colina, con una bahía azul a sus pies y un bosque de altos, oscuros pinos a

su espalda. Pescadores y envasadores de pescado estadounidenses e italianos pueblan la parte baja de la ciudad. Pero en la colina, donde el bosque y la urbe se entremezclan, donde las calles carecen de asfalto y las esquinas no tienen faroles, los antiguos habitantes de Monterrey viven sitiados como los antiguos britanos en Gales. Son los paisanos:

Viven en viejas casas de madera ubicadas en patios cubiertos de maleza, y los pinos del bosque circundan sus viviendas. Los paisanos no practican el comercio ni participan del complicado sistema económico de los Estados Unidos de América, que no les ha agredido muy enérgicamente porque no poseen nada que pueda ser robado, explotado o hipotecado.

¿Qué es un paisano? Una mezcla de español, indio, mexicano y diversas sangres caucasianas. Sus antepasados vivieron en California desde hace cien o doscientos años. Habla inglés y español con acento igualmente paisano. Si se le interroga acerca de su raza, alega indignado que posee pura sangre española, y se remanga para mostrar que la blanda cara interna de su brazo es casi blanca. Atribuye a los rayos del sol el color de su piel, bien tostado como el de una pipa de espuma de mar. Es un paisano, y reside en ese barrio empinado que domina la ciudad de Monterrey y es conocido como Tortilla Flat, aunque no es un llano en absoluto.

Danny era un paisano, creció en Tortilla Flat y todo el mundo le apreciaba, pero no descolló especialmente entre los demás niños estruendosos de la localidad. Por vínculos de sangre o por virtud de idilios, estaba emparentado con casi todo el mundo. Su abuelo era un hombre importante, dueño de dos pequeñas casas en Tortilla Flat y respetado por su riqueza. Si Danny, al ir creciendo, prefería dormir en el bosque, trabajar en los ranchos y arrancar de un mundo hostil su vino y su alimento, no era por falta de parientes influyentes. Era pequeño, moreno y resuelto. A los veinticin-

co años, sus piernas torcidas reflejaban exactamente la curva de los flancos de un caballo.

Y cuando tenía veinticinco años estalló la guerra con Alemania. Danny y su amigo Pilón (Pilón, por cierto, es algo que se añade cuando se concierta un trato: un suplemento) tenían delante dos galones de vino cuando les llegó la noticia de la guerra. Big Joe Portagee vio el brillo de las botellas entre los pinos y se reunió con ellos.

A medida que vaciaban las botellas, el patriotismo despertaba en el ánimo de los tres hombres. Y al acabarse el vino, bajaron la colina cogidos del brazo por camaradería y seguridad, y entraron en Monterrey. Delante del puesto de alistamiento vitorearon ruidosamente a los Estados Unidos y desafiaron a Alemania a hacer todo el daño que pudiera. Aullaron amenazas contra el Imperio germano hasta despertar al sargento encargado del reclutamiento, que se puso el uniforme y salió a la calle para hacerlos callar. De paso aprovechó para alistarlos.

Les formó en fila delante de su despacho. Superaron todas las pruebas excepto la de sobriedad, y después el sargento comenzó a hacer preguntas a Pilón.

—¿A qué cuerpo quieres incorporarte?

—Me importa un rábano —respondió Pilón, con desenvoltura.

—Creo que necesitamos hombres como tú en infantería. Y Pilón fue inscrito en el ejército.

Le llegó el turno a Big Joe, que ya estaba más sobrio.

—¿A dónde quieres ir?

—Quiero irme a casa —dijo Big Joe, deplorablemente.

El sargento le inscribió en infantería. Por último abordó a Danny, que dormitaba de pie.

—¿Dónde quieres ir tú?

—¿Eh?

—A qué cuerpo, digo.

—¿Qué quiere decir con eso de «cuerpo»?

—¿Qué sabes hacer?

—¿Yo? Yo sé hacer de todo.

—¿A qué te dedicas?

—¿Yo? Despellejo mulas.

—¿Ah, sí? ¿Cuántas mulas eres capaz de controlar?

Danny se inclinó, con aire indeciso y profesional.

—¿Cuántas tiene usted?

—Unas treinta mil.

Danny hizo un gesto con la mano.

—¡Átemelas todas! —dijo.

Y así Danny fue a Texas y domó mulas durante toda la guerra. Pilón hizo una marcha hasta Oregón con la infantería, y Big Joe, como se verá más tarde, fue a la cárcel.

1

De cómo Danny, al regreso de la guerra, se vio convertido en heredero, y de cómo juró proteger a los desvalidos.

Cuando Danny abandonó el ejército y volvió a casa, supo que había heredado y era propietario de bienes. El *viejo*, es decir, su abuelo, había muerto y le había dejado dos pequeñas casas en Tortilla Flat.

Danny, al saberlo, quedó un poco abrumado por su responsabilidad de propietario. Antes de ir a ver su propiedad, compró un galón de vino tinto y lo bebió casi todo. Entonces le abandonó el peso de la responsabilidad y salió a flote lo peor de su naturaleza. Vociferó; rompió unas cuantas sillas en un salón de billar de Alvarado Street; libró dos breves pero gloriosas peleas. Nadie le prestó mucha atención. Por fin sus vacilantes piernas zambas le llevaron al embarcadero, al cual bajaban, a aquella temprana hora de la mañana, los pescadores italianos con sus botas de goma para hacerse a la mar.

La antipatía racial prevaleció sobre el buen juicio de Danny. Amenazó a los pescadores. «Sicilianos bastardos», les llamó, y «escoria salida de la prisión de la isla», y «perros de perros de perros». Gritó: «Chinga tu madre, Piojo». Les hizo burla con el pulgar en la nariz y esbozó gestos obscenos por debajo de su cintura. Los pescadores se limitaron a sonreír burlonamente; movieron sus remos y le dijeron:

—Hola, Danny. ¿Cuándo vuelves a casa? Date una vuelta esta noche. Tenemos vino nuevo.

Danny estaba ofendido.

—Pon un condo a la cabeza —berreó.

—Adiós, Danny —le contestaron ellos—. Hasta la noche.

Subieron a sus botes, remaron hasta las lanchas de jábe-ga, pusieron el motor en marcha y se alejaron.

Danny se sentía ultrajado. Volvió a subir Alvarado Street, rompiendo ventanas a su paso, y en la segunda manzana un policía le echó mano. El gran respeto que a Danny le inspiraba la ley le movió a andar con tiento. De no haber sido porque acababan de licenciarle del ejército tras la victoria sobre Alemania, le hubieran condenado a seis meses. Teniéndolo en cuenta, el juez sólo le impuso treinta días.

Y de este modo, Danny permaneció sentado un mes sobre su catre en la prisión municipal de Monterrey. A veces dibujaba imágenes obscenas en las paredes y a veces meditaba sobre su carrera en el ejército. El tiempo transcurría lentamente en aquella celda de la prisión municipal. De vez en cuando llevaban a un borracho a pasar la noche, pero en general el crimen no florecía en Monterrey, y Danny estaba solo. Al principio los chinches le incomodaban un poco, pero a medida que se acostumbraron al sabor de su carne y él se fue habituando a sus mordiscos, empezaron a convivir pacíficamente.

Puso en práctica un juego satírico. Atrapó un chinche, lo aplastó contra la pared, trazó un círculo en torno con un lápiz y lo denominó «Alcalde Clough». Luego capturó otros y los bautizó con nombres de miembros del ayuntamiento. Al poco tiempo había decorado toda una pared con chinches muertos a los que daba nombres de autoridades locales. Les dibujaba orejas y rabos, les pintaba narizotas y bigotes enormes. Tito Ralph, el carcelero, estaba escandalizado; pero no se quejó porque Danny no había incluido ni al juez

de paz que le había sentenciado ni a ninguna fuerza policial. Sentía un inmenso respeto por la ley.

Una noche en que la cárcel estaba vacía, Tito Ralph entró en la celda de Danny con dos botellas de vino. Una hora después salió a buscar más vino, y Danny salió con él. La prisión era melancólica. Se quedaron en casa de Torrelli, donde compraron el vino, hasta que Torrelli les echó fuera. Después Danny se internó entre los pinos y se quedó dormido, mientras Tito Ralph se tambaleaba y denunciaba su fuga.

Hacia el mediodía, cuando un sol brillante le despertó, Danny decidió esconderse todo el día para burlar su búsqueda. Corrió y se ocultó detrás de unos arbustos. Atisbaba a través de la maleza como un zorro acosado. Ya de noche, habiendo cumplido el expediente, salió de su escondrijo y se ocupó de sus asuntos.

Iba directamente al grano. Fue a la puerta de atrás de un restaurante.

—¿Le queda pan duro para mi perro? —preguntó al cocinero.

Y mientras aquel hombre crédulo le envolvía las sobras, Danny robó dos lonchas de jamón, cuatro huevos, una chuleta de cordero y un matamoscas.

—Le pagaré un día de estos.

—No tiene que pagar las sobras. Si no se las llevase las hubiera tirado.

Entonces a Danny le pesó menos el robo. Si los cocineros pensaban así, en apariencia él era inocente. Volvió a casa de Torrelli, trocó los cuatro huevos, la chuleta de cordero y el matamoscas por un vaso de grappa y se retiró a los bosques a cocinarse la cena.

La noche era oscura y húmeda. La niebla gravitaba como gasa flácida sobre los negros pinos que marcaban la frontera terrestre de Monterrey. Danny agachó la cabeza y corrió a procurarse el refugio de los bosques. Delante de él vislumbró otra silueta apresurada; al ir acortando distancias

reconoció el paso vivo de su viejo amigo Pilón. Danny era un hombre generoso, pero recordó que había vendido toda su comida salvo las dos lonchas de jamón y el saco de pan duro.

—Pasaré de largo —se dijo—. Pilón camina como un hombre que acaba de zamparse un pavo asado o algo por el estilo.

De repente Danny notó que su amigo se palpaba amorosamente el abrigo a la altura del pecho.

—¡Qué hay, Pilón, amigo! —exclamó Danny.

Pilón aceleró el paso. Danny inició un trote.

—¡Pilón, amigo mío! ¿Dónde vas tan aprisa?

Pilón se resignó a lo inevitable y le esperó. Danny se aproximó con cautela, pero hablaba con entusiasmo.

—Te buscaba, a ti que eres el más querido de mis angélicos amigos, porque, mira, tengo aquí dos grandes filetes de un divino puerco y un saco de delicioso pan blanco. Comparte estos manjares, Pilón, gordito.

Pilón se encogió de hombros.

—Como quieras —musitó hoscamente. Caminaron juntos hacia el bosque. Pilón estaba perplejo. Al final se detuvo y volvió el rostro a su amigo.

—Danny —inquirió tristemente—. ¿Cómo sabías que tenía una botella de coñac debajo del abrigo?

—¿Coñac? —exclamó Danny—. ¿Tienes coñac? Tal vez se lo llevas a una abuelita enferma —dijo ingenuamente—. Quizá lo guardas para cuando Nuestro Señor Jesucristo vuelva a la tierra de nuevo. ¿Quién soy yo, tu amigo, para juzgar el empleo de ese licor? Ni siquiera estoy seguro de que sea verdad lo que dices. Además, no tengo sed. No probaré ese coñac. Bienvenido seas a compartir este gran trozo de puerco que llevo conmigo, pero el coñac es solamente tuyo.

Pilón le respondió sombríamente:

—Danny, no me importa compartir la botella contigo, mitad y mitad.

—Mi deber consiste en que no te la bebas entera.

Entonces Danny dejó de hablar del tema.

—Ahí en ese claro yo preparo el puerco y tú tuestas los pastelillos de azúcar que hay en este saco. Mete aquí el coñac, Pilón. Mejor ponerlo aquí, donde podamos verlo y ver nos uno a otro.

Prendieron una hoguera, asaron el jamón y comieron el pan duro. El contenido de la botella bajaba rápidamente. Al terminar de comer se acurrucaron junto al fuego y con delicadeza sorbieron de la botella como abejas que liban improductivamente. La niebla cayó sobre ellos y empapó de humedad sus abrigos. El viento suspiraba tristemente en los pinos del entorno.

Y al cabo de un rato les invadió la soledad. Danny pensaba en sus amigos perdidos.

—¿Dónde está Arthur Morales? —preguntó Danny, poniendo las palmas boca arriba y lanzando los brazos hacia adelante—. Muerto en Francia. —Se respondió él mismo, volviendo las palmas boca abajo y dejando caer los brazos, con gesto desesperado—. Muerto por su patria. Muerto en un país extranjero. Pasará junto a su tumba gente extraña y no sabrán que Arthur Morales yace en ella. —Alzó las palmas de nuevo—. ¿Dónde está Pablo, aquel buen hombre?

—En la cárcel —dijo Pilón—. Pablo robó un ganso y lo escondió en la maleza. El ganso mordió a Pablo, Pablo gritó y lo atraparon. Ahora cumple condena de seis meses.

Danny suspiró y cambió de tema, porque se dio cuenta de que había agotado todos sus conocimientos sobre las maneras adecuadas para el ejercicio de la oratoria. Pero la soledad seguía asiéndole y exigía un desahogo.

—Aquí estamos sentados... —empezó por fin.

—... con el corazón roto —añadió Pilón, rítmicamente.

—No, no es así el poema —dijo Danny—. Aquí estamos sentados, sin hogar. Ofrendamos la vida por nuestra patria, y ahora nos quedamos sin techo sobre la cabeza.

—Nunca lo tuvimos —agregó Pilon, con ánimo de ayudar.

Danny bebió soñadoramente hasta que el otro le tocó un codo y le quitó la botella.

—Eso me recuerda —dijo Danny— la historia de un hombre que tenía dos casas de putas. —La boca se le abrió de par en par—. ¡Pilon! —gritó—. ¡Pilon!, mi patito gordo, mi amigo infantil. ¡Lo había olvidado! ¡Soy un heredero! Soy dueño de dos casas.

—¿Casas de putas? —preguntó Pilon, esperanzado—. Eres un borracho mentiroso —declaró.

—No, Pilon. Te digo la verdad. El *viejo* murió. Soy su heredero. Yo, su nieto favorito.

—Eres su único nieto —dijo el realista Pilon—. ¿Dónde están esas casas?

—¿Conoces la casa del *viejo* en Tortilla Flat?

—¿Aquí, en Monterrey?

—Sí, en Tortilla Flat.

—¿Son buenas esas casas?

Danny se hundió de nuevo, agotado por la emoción.

—No lo sé. Olvidé que eran mías.

Pilon se quedó silencioso y absorto. Su cara adquirió una expresión triste. Arrojó al fuego un puñado de agujas de pino, contempló las llamas que ascendían frenéticamente hasta extinguirse. Miró un largo tiempo la cara de Danny con honda inquietud, luego suspiró ruidosamente y volvió a suspirar.

—Ahora se acabó —dijo con tristeza—. Ahora se acabaron los buenos tiempos. Tus amigos se afligirán, pero su aflicción no servirá de nada.

Danny terminó la botella, Pilon la cogió y la puso en su regazo.

—¿Qué se ha acabado? —preguntó Danny—. ¿Qué quieres decir?

—No es la primera vez —prosiguió Pilon—. Cuando uno es pobre piensa: «Si tuviera dinero lo compartiría con los

buenos amigos». Pero llega el dinero y la caridad desaparece. Así ocurre contigo, ex amigo. Te has puesto por encima de tus amistades. Eres propietario. Olvidarás a los amigos que lo compartieron todo contigo, incluso el coñac.

Sus palabras disgustaron a Danny.

—Yo no —protestó—. Yo nunca te olvidaré, Pilón.

—Eso crees ahora —dijo Pilón fríamente—. Pero ya veremos cuando tengas dos casas donde dormir. Pilón será un pobre paisano mientras tú almuerzas con el alcalde.

Danny se levantó, inestablemente, y se mantuvo erguido con ayuda de un árbol.

—Pilón, te lo juro, lo que es mío es tuyo. Mientras tenga una casa tú tendrás una casa. Dame un trago.

—Tengo que verlo para creerlo —dijo Pilón, con voz desalentada—. Sería un milagro si fuera como dices. Vendrían hombres a verlo desde una distancia de mil millas. Y además la botella está vacía.

2

De cómo Pilón, cegado por la codicia, renunció a la hospitalidad de Danny.

El abogado les dejó a la puerta de la segunda casa, subió a su Ford y bajó traqueteando la colina hacia Monterrey.

Danny y Pilón, parados delante de la valla de estacas sin pintar, miraron con admiración la propiedad, una casa baja vetuada de cal vieja y ventanas sin cortinas, vacías y falsas. Pero en el pórtico había un gran rosal rosado de Castilla, y los geranios del abuelo crecían entre las malezas del patio delantero.

—Es la mejor de las dos —dijo Pilón—. Es más grande que la otra.

Danny sostenía en la mano una llave maestra nueva. Recorrió de puntillas el pórtico desvencijado y abrió la puerta delantera. La habitación principal estaba como en la época en que el viejo la habitaba: el calendario de un rojo rosáceo del año 1906, la bandera de seda en la pared, con *Fighting Bob Evans* examinando las superestructuras de un acorazado, el ramillete de rosas de papel rojo y atado con tachuelas, las polvorientas ristras de ajos y pimientos rojos, la estufa impecable, las estropeadas mecedoras.

Pilón miró desde la puerta.

—Tres habitaciones —dijo sin aliento—, una cama, una estufa. Vamos a ser felices aquí, Danny.